

Breve memoria de los cafés de Mérida*

Roldán Peniche Barrera

"Café —dirá nuestro Serapio Baqueiro Barrera (Parsifal) por 1937—, renegrido como la laca disuelta, igual al que insaciablemente bebía Voltaire, hasta que sus nervios vibraban como tensas cuerdas de lira..." Y Parsifal, gran "cafeteador" él mismo, prefiere motejar a la bebida como "café, licor de las ideologías", frase atribuida a Boutroux, en vez del "néctar negro de los ensueños blancos", como quiere Peza, el cantor del hogar.

En Mérida (y en otras ciudades de Yucatán) los cafés son parte de la rutina citadina a partir del siglo XIX. Y no sé yo, quizá los había en el siglo XVIII porque ciertamente ya se tomaba café en Yucatán: se cuenta que el licenciado Sebastián de Maldonado apuró infinitas tazas de café la noche que dispuso los atroces términos de la ejecución del maya rebelde Canek en diciembre de 1761, y que el gobernador Lucas de Gálvez, antes de cumplir su cita con la muerte la noche

del 22 de junio de 1792, había pensado detenerse en la casa de su tesorero para tomar café y jugar una partida de naipes, lo que impidió un jinete embozado emergido de la oscuridad con aquel certero lanzazo que le partió el corazón al gobernante. En aquellos tiempos se prefería cordialmente la taberna, pero es prudente suponer que en las fondas y figones de aquella Mérida colonial se serviría café a los parroquianos. Con todo, ante la ausencia de la imprenta en Yucatán y el desdén de nuestros historiadores por el asunto, poco o nada podemos decir al respecto.

En los periódicos del siglo pasado se anunciaban los primeros cafés conocidos en la ciudad de Mérida: por ejemplo en *El Siglo Diez y Nueve* leemos el 9 de septiembre de 1851 de una fonda "situada en la calle de la Cascarilla, casa núm. 4" (ubicación que no he logrado precisar) que ofrece "café solo y con leche". Signa el

Roldán Peniche Barrera. Escritor, narrador y ensayista. Ha publicado en distintos periódicos locales y nacionales así como revistas. Es autor de numerosos libros, principalmente textos literarios. Es también traductor.

* Tomado de *Memoria de los cafés de Mérida (y otras crónicas)*, de Roldán Peniche Barrera, 2008. Fondo Editorial del Ayuntamiento de Mérida.

anuncio un tal José Dolores Acosta. Diez años más tarde (1861) otro anuncio en la prensa nos revela la apertura del "café y restaurant de los Sres. Montillet y Cía., calle del Degollado frente a la placita, junto a la casa de la Sra. Da. Isabel Zavala". Entonces, a mi entender, quedarían los dos establecimientos citados como los cafés precursores de los meridianos aunque nada podemos decir sobre su clientela. Lo que sí no podemos admitir de ninguna manera es lo que nos señala el *Álbum Yucateco*, publicado al comenzar el XX: La Concordia —afirma— fundado por el Sr. W. Lizarraga Patrón el 28 de agosto de 1892 es "el primer café que se estableció en Mérida", el *Álbum* pretende ignorar —no sabemos si con buena o mala fe— la institución de los cafés de los señores Acosta y Montillet establecidos muchos años antes. La Concordia ubicó en el número 500 de la calle 60 por lo que habría de ser céntrico. Nos parece que el Sr. Lizarraga, su propietario, lo traspasó al Sr. José Llobregad Ángel, de acuerdo con una información del "Directorio de la ciudad de Mérida" de 1896. Lizarraga, según la misma fuente, instaura la Lonja Meridana en 1899. Mas no quiero proseguir mi crónica sin detenerme en La Estrella (Panadería y Café) sita en la calle de la Candelaria "frente al liceo del Sr. Correa", ajustándome a lo que dice *La Revista de Mérida* de 1874. La Estrella es de hecho un pequeño

mercado: repostería y galletería, ofrece "refrescos con hielo", licores finos, conservas alimenticias, dulces, etcétera, pero poco nos ilumina sobre la cuestión del café.

El advenimiento del siglo XX nos revela un florecimiento de los cafés en la ciudad: el Ambos Mundos (calle 61 por 60 y 62, actual ubicación del restaurante Nicté Há) deviene el más celebrado de todos ellos: es el café de moda por mucho tiempo, pero no el más viejo en el siglo. Antes, ya operan de acuerdo con estadísticas del "Anuario del comercio, de la industria, de la magistratura y de la administración de la República Mexicana" de 1912, La Favorita (60-503), La Espiga de Oro (61-501) de Ildefonso Gómez, La Sin Rival (63-502), desaparecido, ya en otra ubicación, hace algunos años, Monte Carlo (61-502) de José de López, El Fénix (59-502), El Universal (62-500) de José Millet y El Olimpo (61-502), enclavados en el centro de la ciudad y hoy todos difuntos.

Pero hemos afirmado que el Ambos Mundos es el más celebrado y siendo asimismo el más concurrido, expliquemos las razones de su popularidad: su privilegiada situación en el lado norte de la Plaza Mayor lo hace ser accesible a todo el mundo; don Juan Ausucua, su fundador, es una especie de hombre-orquesta que ha sido poeta, librero, editor de los primitivos cancioneros yucatecos,



"mecenas de los pequeños genios que se levantaban tarde" (nos dice Víctor M. Martínez) y el verdadero inventor de la "cafetera rusa", implemento que destilaba directamente el café a las tazas de los consumidores. Sobre el asunto leemos en la revista literaria *Cervantes* que publicaron Zamacois y Villaespesa hacia 1919: "Cafetera Mundial: la soberana de Ambos Mundos. La que elabora la greca directa. Patente No. 1615, México. Patente No. 1256,429. Washington. Juan Ausucua, Café Ambos Mundos.

Español, don Juan es un hombre la mar de amable que conoce su negocio *comme il faut*; el café lo sirven en su establecimiento "graciosas y esbeltas mujercitas" y para deleite de su clientela ha contratado al maestro Leopoldo Martínez, de hirsuta cabellera que nos recuerda a los románticos alemanes, quien toca al piano las piezas de moda y alegres *highlights* de operetas y zarzuelas en boga. ¿Y la parroquia, los *habitués* que dan carne y espíritu al establecimiento? Tengo para mí que era lo mejor del negocio pues conjuntaba a la intelectualidad, a toreros y educadores distinguidos, a políticos, a hombres de empresa, a periodistas y a una multitud de desocupados. Los meridianos viejos recuerdan divertidos la espectacular aparición en el lugar, a media mañana, de aquel chiflado que devino en místico y que tanto dio de hablar en la ciudad: el ciudadano

español Estanislao de Varela y Pena. De oficio marinero, Estanislao recaló en Yucatán, enfermó y perdió el barco de retorno a la Madre Patria, a la que jamás regresó. Con los años también perdería la razón. ¡Pobre Estanislao! "Cosa dulce es perder alguna vez el juicio" dice Horacio, y su frase se cumple con este maníaco-depresivo que vestía con la extravagancia propia de los enajenados, caldo de cultivo para las chusmas: cuando hacía su entrada triunfal en el Ambos Mundos, el maestro Martínez ya sabía que tenía que tocar *El mantón de Manila*, pegajosa tonadilla de *La verbena de la paloma*. ¡Si tan sólo hubiese sabido el maestro Bretón para qué fines se emplearía su "mantón"...! No es mi propósito hacer un listado de los integrantes de la disímil clientela del Ambos Mundos; limitémonos a mencionar a los escritores españoles Francisco Villaespesa, Eduardo Zamacois, Gregorio Martínez Sierra, Eugenio Noel; al poeta árabe Habbib Estéfano; Ricardo Mimenza Castillo, Carlos Duarte Moreno (quien, según Víctor M. Martínez "con pluma magnífica, retrató con pinceladas iniciales este viejo café...") y Serapio Baqueiro Barrera.

Otros de los contertulios del Ambos Mundos fueron los maestros de artes plásticas Ignacio Rubio Milán, Miguel Ángel Fernández, Víctor Montalvo, Víctor M. Reyes y Alfonso Cardone; también Alfredo Barrera

Vásquez y Ermilo Abreu Gómez (enfrascados en interminables discusiones), Joaquín Pasos Capetillo, Marcial Cervera Buenfil, los poetas Ernesto Albertos Tenorio, Aurelio Velázquez, Ricardo López Méndez, Luis Rosado Vega y Alberto Bolio Ávila; *José Bálsamo* (Camilo Pavía), autor de aquellas afables "Ventanas" del *Diario de Yucatán*; Manuel Sales Cepeda, Carlos R. Menéndez, Antonio Mediz Bolio, José María Covián Zavala, los educadores Gregorio Torres Quintero, José de la Luz Mena y Artemio Alpizar Ruz y los epónimos general Salvador Alvarado (gobernador del estado) y Carlos Castro Morales. Hablamos de 1918 (*circa*), tiempos arduos de la I Guerra Mundial pero

Yucatán, es cierto, disfruta de una época de bonanza con las altas ventas del henequén.

Un posible café rival del Ambos Mundos (por su ambiente y por su cercanía) llegaría a ser El Louvre que también data de principios del siglo. (Algunos viejos meridianos sitúan su apertura por 1909). El Louvre ocupa, entre todos los cafés de Mérida, la casa más antigua, predio que fue de Alonso López y Juan de Argáiz, levantado hacia el ángulo noroeste de la Plaza Mayor (calle 61 por 62) en el siglo XVI.

Y ciertamente, a pesar de las mutaciones que ha sufrido a través de los tiempos, conserva bastante de su porte original, de ese aire arcaizante que lo distingue y que armoniza con la fisonomía histórica de la plaza, a pesar de la todavía inexplicable demolición de un querido vecino de ese predio: el edificio de El Olimpo. En 1942, el maestro Castro Pacheco hizo un excelente apunte del interior del café que se publicó en la revista *Provincia* de aquel año. La clientela de El Louvre está compuesta de políticos, toreros (Manolo Martínez, Eloy Cavazos y Curro Rivera cuando han actuado en la ciudad), boxeadores ("Pulgarcito" Ramos, "Mantequilla" Nápoles, etcétera), bohemios trasnochadores y turistas, decenas de ellos. Es famoso por sus sandwiches de jamón y pavo y nunca cierra sus puertas y





en una época careció de ellas. Jaime Orosa Díaz en su crónica "Los cafés de Mérida" aparecida en *Provincia* en 1942, expresa que es "el único lugar que no mezcla el café con los negocios... En El Louvre —añade— no se sirven comidas de acuerdo con el menú... Vive del café y a él dedica todos sus cuidados y energía". De esto hace más de medio siglo; hoy El Louvre es muy otra cosa.

La historia de El Louvre es rica en anécdotas; es fama que en una de sus mesas compuso Guty Cárdenas (un poco a la manera de Schubert con sus *lieder*, compuestos sobre servilletas en los cafés de Viena), la inolvidable canción *Nunca*. Y que el "Poeta del Crucero", Max Salazar, pergeñó una de sus disparatadas rimas en alguna otra mesa del café a la que había sido invitado por don José Andrés Espinosa, un ameno bohemio de los alegres veinte: Espinosa, un poco burla-burlando, le pidió al "poeta" que escribiera un verso buscando el consonante de búho. Don Max puso manos a la obra y le redactó lo siguiente:

*En la esquina de mi casa mataron un búho,
quisieron disecarlo pero no se púo.*

Don José Andrés festejó el dístico imposible y le pagó el café al "autor". Eran los tiempos de los caricaturistas en los cafés, costumbre que ha pasado de moda: Arturo Abreu Gómez,

Aníbal Gómez, Humberto Lara y Lara, Julio Buendía... Por unos pesos, y a veces por el solo café, aquellos jóvenes continuadores de Daumier caricaturizaban a los *habitués* del lugar; alguna vez me contó don Arturo que cierta noche de 1924 que andaban recorriendo los cafés del centro en compañía de su inseparable Aníbal Gómez y de Armando García Franchi, decidieron visitar El Louvre en busca de clientes: a una larga mesa conversaban ruidosamente Juan Ricárdez Broca, el generalote que hizo ejecutar a Carrillo Puerto, cortejado de una chusma de lambiscones. Aníbal se aproximó a la mesa y en unos segundos hizo la caricatura del militar y le presentó el trabajo. El hombre



bestial gruñó de esta guisa: "¿Y esta cosa... trae cola?" lo que quería decir en buen cristiano si había que pagar por el producto. Los caricaturistas, ofendidos en su amor propio, arrebataron el dibujo al general y salieron huyendo del lugar temerosos de ser encarcelados (y quizás fusilados) por aquel enrgúmeno.

El poeta Humberto Lara y Lara, asiduo concurrente de El Louvre en sus años de estudiante (vivía en casa de su tío a unos cuantos metros del lugar) hacía caricaturas de los parroquianos por ganar algún dinero, lo mismo que sus condiscípulos y futuros médicos Julio Buendía y José Cetina Ortega, buenos caricaturistas los tres. En los días malos, cuando no había quien deseara ser caricaturizado, el propietario del lugar, don Felipe Gómez, "solía obsequiarnos —dice don Humberto repitiendo a Peza— con una tacita del néctar negro de los ensueños blancos"; *esprit observateur*, añade que el pianista de El Louvre, Anastasio Monsreal Marín "nos había enseñado a calmar el hambre remojando en un vaso de agua un pedazo de pan francés, para inflar el buche, como él decía filosóficamente".

En realidad, don Felipe Gómez no era el único dueño de El Louvre sino socio de Ramiro Martínez Peláez, de origen español, cuyos descendientes heredaron el negocio, y lo administraron hasta 1967; en ese año lo adquirió la familia Castro Gamboa. A

modo de interludio curioso, diremos que en este café dio comienzo don Serapio Baqueiro Barrera a su truculenta novelette *El intruso* por el año de 1938. Concluyó su obrita en una semana trabajando también en otros cafés meridianos. He aquí sus propias palabras: "Fumando y tomando café... Apresuradamente y en breve lapso de una semana, fui escribiendo este libro sobre las mesitas de mármol o de falso granito de los cafeses meridianos... En El Louvre de nueve a once, cuando en el recinto algo penumbroso de la vieja casa infanzona que ocupa, sentía cruzar sobre mi cabeza inclinada ante el papel del zumbar de los rumores, pero yo imperturbablemente escribía... porque conozco el secreto de aislarme, de abstraerme de todo lo que me circunda... Pero de pronto el toque de atención de una de estas obligaciones cotidianas, urgentes e inaplazables, timbre de alarma en mi conciencia, cuyas vibraciones repercutían en todas mis entrañas me obligaba a salir a la calle para realizar otro trabajo de índole distinta... Cumplida la obligación y ya tranquilo me instalaba en el moderno Café Express, y en su clara atmósfera perfumada como un jardín, porque es el salón preferido de las lindas muchachas meridianas y de las artistas teatrales que le infunden un aire de exotismo, reanudaba el hilo de mi narración novelesca... De esta manera, en distintas horas de



la semana, fui escribiendo. Es cierto, preferentemente escribía en el Café de la Panificadora, cuyo edificio es como un claro minarete que se abre a la contemplación de los opulentos jardines de nuestra Plaza Mayor... Así, sobre una mesita de café, terminé este libro bueno o malo, pero en conclusión un libro..."

Quiero epilogar este capítulo de El Louvre retomando las palabras del licenciado Orosa Díaz, que rezan: "Pueden seguir los años y seguir apareciendo y desapareciendo cafés, que El Louvre, como un abuelo que ve nacer y morir a sus nietos continuará sirviendo de refugio a escépticos y entusiastas, a triunfadores y decepcionados, a materialistas y soñadores". Y así, en verdad: El Louvre prosigue su marcha, un tanto envejecido, a través del tiempo.

Pero quedan por allá (en los años veinte) otros cafés contemporáneos de El Louvre y del Ambos Mundos, digamos el Maxim (calles 62 x 61), fundado por don Idelfonso Gómez, café en el que no faltaban el piano y las meseras bonitas; El Olimpo (61-502), ya citado, administrado por los españoles Ross y Tonet; La Central (donde hoy ubica el Café Express) del señor Edmundo Denis; El Fénix (59-502); el Ferráez, vecino muchos años de la calle 60 por 61 y 59 hasta su clausura en los años ochenta; lo recuerdo como sitio predilecto de bohemios y trovadores que por las

noches aguardaban, tomando café, a que algún enamorado los contratara para llevar serenata a la novia.

Otros cafés contemporáneos de El Louvre son La Sin Rival, muy frecuentado de médicos y estudiantes de medicina por los cuarenta, según explica Orosa Díaz; el antiguo dueño de La Sin Rival, el "Chato" Maldonado y algunos parroquianos amigos suyos derrochaban grandes sumas de dinero en el juego de dados los domingos por la mañana; el establecimiento cerró sus puertas al mediar los ochenta y su longeva existencia duró cerca de ocho decenios, hecho que lo convirtió en el decano de los cafés en la ciudad antes de que El Louvre se apoderara de ese honor.

Recordamos también al Principal, de Ricardo Fernández, contiguo al teatro de ese nombre; se le memoria por un trágico suceso debido a rivalidades comerciales (los protagonistas eran empresarios de salas cinematográficas): el señor Antonio Rivas ultimó a don Arturo Moguel en ese lugar el 25 de marzo de 1921; Rivas penetró en el café y se dirigió a Moguel gritándole a la cara palabras coléricas; de pronto desenfundó una pistola y le disparó a quemarropa, matando enseguida al señor Moguel; la noticia fue muy comentada entre la tranquila sociedad de la Mérida de entonces y heredó al Principal la triste fama de ese imborrable hecho de sangre.

El licenciado Orosa enlista otros cafés muy frecuentados en 1942: Express, inaugurado en 1937, al que llama "café para turistas" por los numerosos visitantes extranjeros y nacionales que ahí pululan; no lo juzga pues, apropiado "para la charla y el proyecto"; el Express (fundado por don Tomás Font Idachs) cumplió sesenta años de establecido en 1997; ya no es sólo un café sino que ha ampliado sus servicios desde hace años a los de restaurante, lo que le ha valido su inclusión en las guías turísticas que circulan por el mundo; el local —propiedad del Sr. Efraín Mondragón Abimerhi— ha sufrido diversas mutaciones, pero para nosotros, que transitamos a diario por allí, sigue

siendo el viejo Café Express de toda la vida; un tiempo contó con servicios en el segundo piso al que se accedía por medio de un elevador (o por las escaleras laterales), pero todo eso se ha suprimido, así como un estanco y una rocola que ya no tenían razón de ser. El turista disfruta los grandes cuadros de ambiente regional plasmados por el pintor Mario Trejo, creador de los "trópicos" y parroquiano él mismo de ese lugar. Creemos que todavía labora ahí como mesero el señor Luis Pacheco Morales, que ha cumplido cincuenta y cinco años en servicio y es quizás el decano de los meseros de la ciudad. Además del Express, Orosa recuerda el Café Madrid, que frecuentamos en tiempos de su propietario don Luis Cáceres Baqueiro (años 50) y que antes fue de sirio-libaneses; La Primera Central (de Tomás Pérez Iturralde) y La Flor de Santiago ambos vecinos del barrio de ese nombre.

Preciso es detenerse en La Balsa que data de 1906 y al que acudíamos al mediar los años cincuenta. La Balsa ha vivido diversas épocas. Aquí considero pertinente introducir las palabras del señor Juan Francisco Peón Ancona, miembro del Consejo de la Crónica de la ciudad de Mérida en un periódico local: "La Balsa, el más popular y concurrido café de Mérida en las pasadas décadas del 40 al 60, era también edificio colonial histórico de gran mérito. Concurrían a él los más





importantes banqueros, comerciantes y empresarios de la ciudad, habiéndose realizado allí las más significativas transacciones de la época... Su portada de piedra labrada, su extenso zaguán, su espléndida escalinata, sus corredores superiores, su patio central, sus arquerías, etc., constituían algo inigualable entre las casonas coloniales de Mérida. Perteneció a la antigua familia Lara de Yucatán y fue demolida totalmente, a principios de los años 70, víctima de la piqueta arrasadora que se ha llevado los mejores edificios antiguos de Mérida".

En febrero de 1948, su propietario el señor Rudesindo Peniche Pasos reinauguró La Balsa después de remozar completamente el local con "nueva pintura, magnífico equipo, área para preparar café y nuevas y confortables sillas y mesas". Hacia los años cincuenta o sesenta lo adquirió el capitán Leopoldo Castro Gamboa, quien lo administró hasta su desaparición en los setenta. Por los cincuenta, el pintor Ramón Mendoza Novelo tuvo el buen tino de dibujar los retratos de los intelectuales que ahí se reunían llegando a constituir una sugestiva galería. Creo que también el finado maestro Aristeo Vázquez López esbozó algunos apuntes de escritores clientes del lugar.

Ahora ocupémonos del Café Peón Contreras, cuya inauguración ocurre el sábado 7 de diciembre de 1946. Reza el anuncio que "en el ramo de

comestibles ya están llegando los mejores jamones, conservas, mariscos finos, turrone de Jijona, de Alicante... para la próxima Navidad" y que ahí se puede saborear "el rico café de su maravillosa Cafetera Expresa de fabricación italiana". El Peón Contreras fue el sitio predilecto de los intelectuales de aquellos años: Alberto Cervera Espejo y sus cofrades de Voces Verdes (Alberto Peón Solís, Mario Zavala Velázquez, Fernando Espejo, Roger Cicero Mackinney...). Concurrían también los rectores de la vecina Universidad de Yucatán doctor Eduardo Urzaiz Rodríguez y licenciado Francisco Repetto Milán, acompañados de maestros y alumnos. El negocio, de un señor Mario



González, cerró, en una fecha que no podemos precisar, muchos años después. Hace algún tiempo ha abierto de nuevo nuestro apreciado amigo el señor Abud y podemos catalogarlo como turístico.

En los viejos cafés se usaba servir "grecas" (pequeñas tazas de café) bien fuera la "oscura" (sin crema) o la "clara" (con crema). Con el tiempo se fueron desechando las "grecas" ocupando su lugar el llamado café "americano" en taza grande. Pero todavía existen ciertos cafés que sirven "grecas" (*verbi gratia* el San José y el de Moncho).

Como simple cita —porque no podemos dejar de mencionarlo a pesar de no pertenecer a Mérida— señalaremos entre los cafés viejos al Cordobés, ubicado hacia el norte de la plaza de la ciudad y puerto de Progreso; por años ha sido sitio predilecto de progreseños y meridianos para comer o simplemente para charlar alrededor de una humeante taza de café. Hoy, como siempre, permanece al servicio del público, refrescado de las cercanas brisas del mar.

Antiguos también fueron La Panificadora, "centro popular y concurridísimo por lo económico" (Orosa Díaz), Las Tres Caras (hoy difuntos) y La Flor de Santiago ya mencionado, "en cuyas puertas los repartidores de leche suelen hacer sus tratos en beneficio del negocio y para mal de la salud de los clientes", según lo que

escribe Orosa Díaz en 1942. En nuestros días La Flor de Santiago cuenta con una segura clientela. Entre otros concurridos cafés recientemente desaparecidos se hallan el Mérida (calle 60 frente a la Tesorería del Estado), primero propiedad de Fausto Santos y luego del cubano Alfonso López Barbeito, que llegó a constituir un cenáculo de intelectuales: ahí concurrían y tuve oportunidad de compartir el café y la grata charla con el profesor Barrera Vásquez, el poeta Clemente López Trujillo, Ermilo Abreu Gómez (cada vez que visitaba Yucatán), William Brito Sansores, Salvador Rodríguez Losa y Everardo García Erosa; cuando López Barbeito adquirió el Sevilla todos estos parroquianos se fueron con él a su nuevo café (calles 62 x 65), que luego administró William Solís, antiguo locutor, ya fallecido, de la XEZ; ahí también acudía el licenciado Rotger Rosas Ortiz, director del suplemento cultural de nuestro *Diario del Sureste*, quien en 1973 escribió una amena crónica sobre el café y los cafeteros meridianos que le valió un premio nacional de periodismo; en el Sevilla el finado maestro Rolando Victoria, excelente fotógrafo, le tomó una magnífica fotografía a Clemente López Trujillo que se publicó en la revista *Dos Puntos*. Acudían también a ese sitio el bachiller Ignacio Lara Gómez, cronistas de Valladolid, Jaime Orosa Díaz, Renán Escalante Mendoza (el "Allan



Poe" yucateco, como gustaba que le llamaran) y Conrado Menéndez Díaz (todos fallecidos). El Sevilla, que se hospeda en un edificio histórico, cerró sus puertas hace algunos años, lo mismo que El Candado (60 x 65) de la señora Julieta Zapata y el Brasil, donde acudían el pintor Armando García Franchi y sus amigos melómanos. El Candado llegó a ser uno de los cafés populares de la ciudad, y hasta se formó en él un "Club de tomadores de café" de no sé cuántos socios. En sus últimos años se tornó en un "café gay" frecuentado de homosexuales y suripantas. He aludido a un "Club de tomadores de café" de El Candado, pero he de advertir que no ha sido el único: recordemos La Peña del Café, instaurada en 1988 a iniciativa del licenciado Juan de Dios Pérez Galaz, que se reunía cotidianamente en el café Fausán de Fausto Santos, ubicado en la planta baja del edificio que alberga al teatro Héctor Herrera propiedad del abogado José María Carrillo Gamboa. La Peña del Café, que ha cumplido ya diez años de vida, llegó a rebasar la veintena de socios y goza de una mesa directiva cuya presidencia se renueva cada dos o tres años.

Esta "peña" elige regularmente a sus "peñistas distinguidos del año" entre los que recordamos a Raúl Menéndez Ortuño, Luis A. Ramírez Aznar, José Ma. Carrillo Gamboa, José Adonay Cetina Sierra y Edmundo G.

Cantón. Recientemente ha sido reconocido como "peñista del año" el abogado Renán Solís Avilés, quien recibió su diploma de manos del actual presidente del grupo, Gabriel Ortega Pérez. Hacia 1990 el doctor Alfredo González Tamayo organizó y dio vida al grupo "Charlas de café", que ha ofrecido animados ciclos de conferencias con excelente asistencia de personas en sitios como el Gran Hotel, El Castellano y en los últimos años en el Holiday Inn.

¿Pero cuáles son los cafés que frecuentan los meridianos hoy en día? Hay muchos, de cierto, y no los citaremos todos: el Colonial (calle 62 x 57), el San José perteneciente al hotel de ese nombre (63 x 62), el Café Royal de nuestro ex discípulo Luis Vidal (actual hábitat del grupo "La Peña del Café"), La Bella Época (frente al Parque a La Madre), el Alameda (58 x 57), el Gran Hotel y el Caribe, en el rincón del parque Hidalgo, el Nigte-Há, predilecto del poeta Raúl Cáceres Carengo cuando viaja a Mérida, el Wao de nuestro amigo Wadi Abimerhi (en el callejón del Congreso), la nevería Pop (57 x 62) uno de los más populares, y el Moncho y el San Gabriel, al fondo del Bazar García Rejón, que podemos considerar como uno solo porque parece que pertenecen al mismo dueño. En el San Gabriel se inspiró alguna mañana el doctor González Tamayo y compuso un largo poema

en el que analiza a los habitués del lugar. Reproducimos a continuación las tres primeras cuartetas de los versos en cuestión:

*Es el sitio preferido
de historiadores famosos,
de ingenieros distinguidos
y de químicos virtuosos.*

*Comerciantes bien vestidos,
militares retirados,
de médicos comedidos
y políticos frustrados.*

*Las mesas de historiadores
son las más solicitadas:
magníficos narradores
de historias ya confirmadas.*



Alejados del centro de la ciudad, retirados en cierta forma del mundanal ruido citadino, se hallan algunos de los cafés favoritos de los meridianos contemporáneos: los de los grandes hoteles del Paseo de Montejo, los de las plazas (Dorada, Fiesta, Gran Plaza), y otros que pertenecen a elegantes avenidas de la ciudad como el del Centro Cultural Dante. Ahí se toma café y se discute a todas horas del día y se está rodeado de un ambiente internacional atiborrado de turistas que están por partir hacia Chichén Itzá o Cancún o Cozumel. Es una atmósfera más cosmopolita, si se quiere, lo que disfrutamos en estos sitios suntuosos. A un costado de Sam's Club hay una cafetería con Internet (*of all things!*) donde usted accede a una hora de Internet por veinte pesos; en la Prolongación de Montejo tenemos el Café 1900 sitio exornado de art deco donde también se puede comer; en Plaza Fiesta se halla el Café Mario donde usted puede deleitarse con café capuchino, cubano, alemán, expreso, etcétera. Y en la colonia Alemán estaba El Golem de Sonia Tralova, donde se celebraban unos "jueves literarios" con ciclos de lecturas de los escritores del patio. Creo que El Golem se ha mudado a una nueva ubicación.

El desdoblamiento de la ciudad, el excesivo incremento de su población y su elevado movimiento turístico provocaron una expansión



comercial hacia el norte que sólo ha beneficiado a los núcleos de ese sector. En el sur también hubo una expansión, pero solamente demográfica porque las cosas buenas no llegaron hasta allá. Los restaurantes, las boutiques, las discoteques, los mercados, los grandes hoteles y por supuesto los cafés chic se extendieron hacia el norte. Se inauguraron establecimientos cafeteriles a lo largo del Paseo de Montejo que enseguida contaron con clientelas, pero, curiosamente, los viejos cafés del Centro Histórico conservan a sus concurrentes. Por lo general, los clientes de los cafés del Paseo de Montejo no acuden, sino de vez en vez, a los del centro y viceversa. De esta manera, se está dando una nueva cultura del café en la ciudad que de alguna forma establece cierta separación entre los meridianos.

Hoy observamos grandes o pequeños grupos de conciudadanos cafeteando en estos sitios del norte. Y si traigo a colación el verbo cafetear es porque ya lo empleamos los meridianos: tomándolo del adjetivo cafetero (quien gusta mucho del café) hemos sacado "cafetear" o "cafetearse". "¿Qué... ya te cafeteaste?" me inquiera un viejo amigo al verme abandonar mi mesa de café. Y qué le vamos a hacer... el hábito palabreril acaba por modificar al idioma. Algunos de los cafés más frecuentados por los meridianos vienen a ser

el Vips y Sanborn's, ambos justo en la glorieta de Justo Sierra. Ahí, mezclados con decenas de turistas, los meridianos integran sus grupos y de hecho cuentan con mesas fijas. Es cierto que el café es más caro en estos lugares pero por el precio de uno podemos tomarnos todas las tazas que nos venga en gana. Aparte los dos nombrados, existen otros cenáculos favoritos de los meridianos: los cafés de los hoteles Montejo Palace y Conquistador, así como los de las plazas Fiesta, Dorada y Gran Plaza, ya señalados.

Por las noches se acude a Las Farolas del Hotel Montejo Palace donde, en *plein air*, nos tomamos un café o un *whiskey on the rocks* si contamos



con suficiente plata en la billetera. Si estamos brujas visitaremos el Impala donde hay sandwiches y tortas además del café. Pero estamos en el Paseo de Montejo, y ese es nuestro lujo, y nos sentimos cosmopolitas y ciudadanos del mundo. Así somos los nuevos meridianos, esto es, los que ya estamos pisando el umbral del año dos mil.

Hemos caminado, un poco a trancos, por la errática topografía de los cafés de Mérida, cuyo más antiguo antecedente pudiera ser aquella anónima fonda de la calle de la Cascarilla instituida hacia 1851, o quizás el café (y restaurant) de los señores Montillet en la calle del Degollado nacido diez años más tarde; el señor W. Lizarraga Patrón se jacta, sin embargo, de que su café La Concordia (fundado en 1892) es el primero establecido en la ciudad, aserción de la que desconfiamos. La cosa no reviste la mayor importancia porque, para empezar, nada sabemos del ingrediente toral de la vida de todo café que se precie de serlo: la clientela.

Entonces aguardamos hasta el comienzo de nuestro siglo con la apertura del Café Ambos Mundos cuya clientela nos es familiar a través de las crónicas de Víctor M. Martínez, Carlos Duarte Moreno y Francisco D. Montejo Baqueiro y de las conversaciones que hemos sostenido con Arturo Abreu Gómez y con Leopoldo

Peniche Vallado... El Ambos Mundos, de don Juan Ausucua, vive la extravagancia de los dorados veinte, años de Beardsley y su art nouveau, años del *Whispering* de Paul Whitman, del charleston y de aquellas frenéticas "pelonas", del superhéroe Lindbergh (cuya tragedia familiar eclipsará a sus glorias), de la "Ramona" de Gene Austin y de Ramón Novarro, y por momentos nos parece contemplar la entrada triunfal en el café del chiflado (o mejor, nuestro yucatequismo "azotado") Estanislao (Varela) vestido con los colores del arco iris ante la gritería de la concurrencia y los acordes en el piano del maestro Martínez; atestiguamos la presencia de nuestros huéspedes españoles Villaespesa, Zamacois, Martínez Sierra y Noel y todos los antiguos poetas yucatecos (que ya se han ido) y los maestros y los políticos: y todo esto se reitera, con su música, con su inútil palabrería cafeteril, con su chismografía sin hilos y con sus personajes *sui generis*, en el vecino café El Louvre, tan veterano como el Ambos Mundos; dos viejos que apuntalaron la inveterada vida del centro de la ciudad de Mérida, de la Plaza Mayor saturada de historia, una historia que aún está por contarse. El Ambos Mundos cumplió con su papel de devastador del tedio (como quiere Wilde) pero la edad acabó por vencerlo; El Louvre, en cambio, es paradigma



de longevidad, pero acaso está también en las últimas.

El Ambos Mundos y El Louvre pertenecen a los tiempos románticos de los cafés meridianos, junto con el Ferráez, La Sin Rival, La Panificadora y quizás el Express en sus comienzos; hablo de tiempos pretéritos, hablo de días de cincuenta horas en los que era posible gastarse las mañanas (o las tardes, o las noches) sin preocuparse de nada. Tiempo

del piano retozón y de las grecas oscuras o "claritas" (que, loado sea Dios, todavía existen en algunos lugares) y de las mesas de granito, y de estudiantes menesterosos que se ganaban los pesos caricaturizando a los parroquianos. Por entonces, mi padre el estudiante Leopoldo Peniche Vallado escribió desde el Café Central de los hermanos Dennis, este soneto al café que reproduzco en su integridad:

*Horas muertas que transcurren con letárgica pereza
entre el humo sofocante del cigarro y del café;
van y vienen los meseros con insólita presteza,
y un pianista escandaliza con foxtrots de cabaret.
"¡Mozo —un cómico demanda— sirva usted en esta mesa,
traigo un hambre que no espera!"
"Sirva aquí —grita un burgués regordete y cuasi-briago—
¡otro vaso de cerveza!"
y un grupito de estudiantes: "¡Una greca... para tres!"
Un poeta se impacienta: "¡Sirva, fámulo menguado...!"
Y en su afán cada mesero corre y va desorientado
entre el denso y negro ambiente del pletórico café...
Y las horas continúan transcurriendo perezosas
sin variar el curso eterno de la vida y de las cosas,
entre humos de cigarros y foxtrots de cabaret.*

Hoy, pasados cincuenta, sesenta años ¡qué sé yo! de esos tiempos, la escenografía es muy otra: las horas apremian y no se puede

estar toda una mañana en el café y olvidarse de las duras pruebas impuestas por nuestra brutal manera de vivir.

(abril 11-mayo 6, 1998)

La CARICATURA

2ª SECCION

Por esas calles!... de Dios.

—Un atropellado, papá . . . yo quiero verlo
—no te impacientes, hijito . . . en la próxima esquina encontraremos otro . . .



BUROCRATAS

- ¿Tan pronto vamos a cambiar el retrato de la oficina, don Felipe?
- Y, ¿qué quiere usted? ¿Que seamos los últimos? Ya pasó el último Informe; ya viene el último Grito y, el 30 de noviembre, La Última Noche que Pasé Contigo...

